

En que es preciso que el lector se traslade con nosotros á Bretaña

Ahora, suplicaremos á nuestros lectores que nos permitan volver la vista á tiempos anteriores, porque con el objeto de hablar de los héroes principales de nuestra historia, hemos dejado en Bretaña personajes que también merecen nuestro interés; pues aunque no toman una parte muy activa en los sucesos que referimos, la historia evoca sus nombres con voz inflexible, y es necesario por lo tanto que nos sometamos á las exigencias de ella.

La Bretaña, desde la primera conspiración, había tomado una parte activa en el movimiento á que dieron impulso los bastardos legimitados. Aquella provincia, que había dado pruebas tan irrecusables de fidelidad á los principios monárquicos, llevaba entonces semejantes principios no sólo hasta la exageración, sino también hasta la locura, pues que prefería la sangre adulterina de su rey á los intereses del país, y hacía de su amor un crimen, no temiendo aceptar el auxilio de los que fueron siempre enemigos encarnizados de Luis XIV.

Los jefes bretones renovaban entonces el proyecto concebido por el caballero de Rohán en tiempo de aquel rey; y cuando decimos del caballero de Rohán, es porque á toda conspiración hay necesidad de darla el nombre de un jefe. Dos hombres de importancia había también en esta conspiración: el uno era Latreaumont, noble normando; el otro Affinio Vanden-Enden, filósofo holandés. Latreaumont quería dinero, por eso era el instrumento; Affinio deseaba la república, por eso era el alma del complot. Además quería esta república, enclavada en medio de la Francia, para hacer desesperar á Luis XIV, que aborrecía á los republicanos, aunque estuviesen á trescientas leguas; que había perseguido y hecho morir al gran Pensionario de Holanda, Juan de Will, mostrándose en esto más cruel que el Statouder, principe de Orange; porque declarándose éste enemigo del Pensionario vengaba sus injurias personales, al paso que Luis XIV no ha recibido de Juan de Will más que pruebas inequívocas de amistad y afecto.

Ahora bien, Affinio quería una república en Normandía, de la que pensaba hacer nombrar protector al caballero de Rohán: los conspiradores bretones querían igualmente vengar su provincia de algunas injurias recibidas en tiempo de la regencia, y desde luego pensaban constituirla en república, salvo el derecho de elegir luego un protector, aunque fuese un español.

Los bretones, pues, prestaron oídos á las primeras sugerencias de los Españoles: no tenían más motivo de descontento que las demás provincias; pero en aquella época los bretones no estaban todavía íntimamente unidos con la nacionalidad francesa, y no entraron en la conspiración con otro objeto que con el de hacer una guerra que les ofrecía ventajas. Richelieu los había sometido y no sintiendo ya el peso de su poder, pensaban emanciparse del de Dubois. Comenzaron por disgustarse de los gobernadores que les envió el regente: una revolución ha tenido siempre principio por un motín.

Montesquieu estaba encargado del gobierno de los Estados; oía las quejas de los pueblos, y cobraba los impuestos. Los Estados se quejaban mucho, pero no daban dinero, porque decían que el gobernador no era de su agrado. Semejante razón no era de gran peso para Montesquieu, hombre del antiguo régimen, y por consiguiente acostumbrado al sistema y política de Luis XIV.

— No podéis presentar, decía, esas reclamaciones á S. M. sin ponerlos en actitud de rebelión. Pagad primero y quejaos después: el rey escuchará vuestras súplicas; pero no consiente vuestras antipatías contra una persona á quien ha honrado con su confianza.

Lo cierto es que el señor de Montarán no había dado más motivo de queja á los bretones, que ser

governador de la provincia en aquella época; cualquiera otro hubiera disgustado lo mismo que él. Montesquieu no aceptó, pues, las condiciones, y persistió en la cobranza del donativo voluntario: los Estados insistieron en negarse á su pago.

— Señor mariscal, le decía un diputado, vuestro lenguaje podrá convenir, sin duda, á un general que trata con un país conquistado, pero no es propio para tratar con hombres libres é investidos de derechos y privilegios. Nosotros no somos ni enemigos ni soldados; somos tan sólo ciudadanos y dueños de nosotros mismos. En compensación de un servicio que pedimos al rey, que es la destitución del señor de Montarán, que desagrada al pueblo, concederemos con gusto el impuesto que se nos pide; pero si la corte desoye nuestras reclamaciones, nos quedaremos con nuestro dinero, y sufriremos al tesorero todo el tiempo que podamos.

El mariscal hizo un gesto desdeñoso, y volvió las espaldas al diputado, el cual hizo otro tanto, y por ambas partes se conservó la dignidad.

Montesquieu, que se juzgaba apto para la diplomacia, creyó que, teniendo un poco de paciencia, las reuniones particulares que se celebrasen pondrían de nuevo en orden lo que el espíritu de cuerpo había embrollado tan inoportunamente. Pero la nobleza bretona era orgullosa, y ofendida del mal recibimiento que le había hecho el mariscal, no quiso asistir á las funciones que éste

daba, dejándole solo y haciendo que del desprecio con que miró al principio esta conducta pasase á la cólera, y de la cólera á las resoluciones extremas.

El mariscal, que estaba en correspondencia con las autoridades de Nantes, de Quimper, de Vannes y de Rennes, les escribió que conocía muy bien que tenía que habérselas con revolucionarios y rebeldes; pero que se mantendría firme, y que los doce mil hombres de su cuerpo de ejército enseñarían á los bretones la verdadera política y la verdadera grandeza de alma.

Los Estados se reunieron: en la Bretaña, de la nobleza al pueblo no hay más que un grado: los ciudadanos se asociaron, y se anunció claramente al mariscal que, si él tenía doce mil hombres, la Bretaña presentaría cien mil, los cuales con piedras, hoces y aun mosquetes, enseñarían á sus soldados á no entrometerse en negocios ajenos.

El mariscal se convenció de que en efecto había cien mil asociados en la provincia, y que cada uno de éstos bien ó mal se hallaba armado. Reflexionó, y felizmente para el gobierno de la Regencia no pasaron las cosas adelante. Entonces la nobleza viéndose respetada, cedió un poco, y se formularon las quejas de un modo conveniente; pero por otra parte Dubois y el consejo de Regencia no quisieron contradecirse; trataron esta súplica de manifiesto hostil, y se sirvieron de ella como de principio de acusación.

Montlouis, de Couëdic, Pontcalec y Talhoët fueron los campeones que realmente se batieron. Pontcalec, hombre dotado de gran valor y actividad, se había unido á los descontentos de la provincia, y estos elementos, todavía informes, habían fecundado el germen de la lucha que hemos examinado.

Era imposible retroceder; el rompimiento era inminente, pero la corte no sospechaba que la insurrección fuese por otra causa que la del impuesto. Sin embargo, el regente, que podía pasar por uno de los más hábiles políticos de su siglo, adivinó instintivamente el lazo que se le tendía; sospechó que detrás de aquel fantasma, de aquel velo local se ocultaba alguna cosa, y para observarla bien dejó caer ó más bien levantó aquel velo. Destituyó á Montarán y satisfizo las reclamaciones de la provincia. Desde entonces quedaron en descubierto los conspiradores: todos estaban satisfechos; solo ellos permanecieron comprometidos; los demás se sometieron y pidieron perdón.

Después de esto, Pontcalec y sus amigos formaron el proyecto de que ya tenemos noticia, y usaron de medios violentos para conseguir el que se les ofreciese por sí misma una ocasión, la cual no podían buscar sin ser descubiertos.

La revolución no tenía ya motivo, pero entre aquellas cenizas calientes podía haber una chispa que renovara el incendio.

La España vigilaba. Alberoni, batido por Dubois en el célebre asunto de Cellamare, esperaba se le presentase ocasión de tomar su revancha, y no vacilaba en enviar á Bretaña toda la sangre de la España, todos los tesoros preparados para favorecer el complot de París. Pero era tarde y no lo creyó, y sus agentes le engañaron. Pontcalec se figuró que era posible comenzar la lucha; pero entonces la Francia estaba en guerra con España: calculó también que sería fácil matar al regente; mas él mismo y no Chanlay debía hacer lo que nadie habría aconsejado en aquella época al más cruel enemigo de la Francia. Contaba con la llegada de un buque español cargado de harinas y dinero; pero el buque no llegó: esperaba noticias de Chanlay; la Jonquiere fué quien escribió, ¡y qué la Jonquiere!...

Una tarde, Pontcalec y sus amigos se hallaban reunidos en una casa de Nantes cerca de un antiguo castillo. Estaban tristes é irresolutos: de Couëdic manifestó que acababa de recibir un billete en el cual le aconsejaban que huyese.

— Otro igual tengo yo en mi poder, dijo Montlouis; lo he encontrado en un vaso á la hora de comer, y mi esposa, que nada sabía, se ha asustado sobremanera.

— Yo, repuso Talhoüet, espero y no temo nada. La provincia está tranquila; las noticias de París son buenas; todos los días da libertad el regente á

algunos de los presos por el negocio de España.

— Y yo, señores, ya que se ha tocado este asunto, dijo Pontcalec, debo participaros un aviso muy singular que he recibido hoy. Enseñadme vuestro billete de Couëdic, y vos el vuestro, Montlouis; puede que sean de la misma letra; acaso nos tiendan algún lazo.

— No lo creo, contestó Talhoüet; si quieren que estemos lejos de aquí, es para que nos libremos de algún peligro; ahora bien, no tenemos nada que temer por nuestra reputación, porque no está comprometida. Todos creen concluidos los negocios de Bretaña: vuestro hermano y vuestro primo se han refugiado en España; Soldue, Rohán, Kerantec y Sambilly el consejero del parlamento han desaparecido, y sin embargo se han creído naturales sus temores: se ausentaban por ser de los descontentos, y nada más. Confieso que si me hallara con otro billete, me marcharía.

— Nada tenemos que temer, amigo mio, dijo Pontcalec; jamás han estado nuestros negocios en mejor estado. La corte no sospecha nada, porque si sospechase, ya nos habrían molestado. La Jonquiere ha escrito ayer, y anuncia que Chanlay iba á salir para la Muette, donde el regente vive como un simple particular, sin guardias, y confiado.

— Sin embargo; vos estáis inquieto! dijo de Couëdic.

— Confieso que sí, pero no es por la razón que creéis.

— ¿Pues por qué?

— Por una cosa personal.

— ¿Vuestra?

— Mia; pero ¿á quién mejor que á unos amigos fieles podría decírla? Si alguna vez me viese en la alternativa de quedarme ó de huir para escapar de algún peligro, me quedaría... ¿Y sabéis por qué?

— No, hablad.

— Tengo miedo.

— ¡Vos, Pontcalec! ¡vos miedo! ¿qué significa esto?

— Sí, amigos míos, sí; el Océano es nuestro refugio; no hay uno de vosotros que no encuentre su salvación en uno de esos mil buques que cruzan por el Loira desde Paimbeuf á Saint-Nazaire; pero lo que para mis compañeros es una salvación, para mí es una muerte segura.

— No os comprendo, dijo Talhoët.

— ¡Me asustáis! añadió Montlouis.

— Escuchad, mis queridos amigos, dijo Pontcalec. Y comenzó la siguiente relación, que fué oída atentamente, porque todos sabían que para que Pontcalec tuviese miedo era preciso que el motivo fuese grande.

XXI.

La bruja de Savenay

Yo tenía diez años y vivía en el castillo de Pontcalec, situado en medio de los bosques: un día que resolvimos mi tío Crisógono, mi padre y yo salir á cazar conejos con hurón á un soto distante unas cinco ó seis leguas, nos encontramos junto á un matorral una mujer sentada que estaba leyendo. Hay tan pocas mujeres en Bretaña que sepan leer, que esta circunstancia nos llamó mucho la atención y nos detuvimos para contemplar á la lectora. Parece que la estoy viendo aún, y cuidado que hace de esto veinte años; vestía el traje negro de nuestras bretonas, con la cofia blanca, y se hallaba sentada sobre un haz de hierba recién cortada.

Nosotros estábamos colocados del modo siguiente: mi padre montado en un caballo bayo de doradas crines; mi tío en un potro tordo, vivo y ardiente, y yo en una jaquita blanca, fuerte como el hierro, y mansa como un cordero.

La mujer alzó los ojos y nos vió agrupados delante de ella y mirándola con curiosidad. Al verme firme